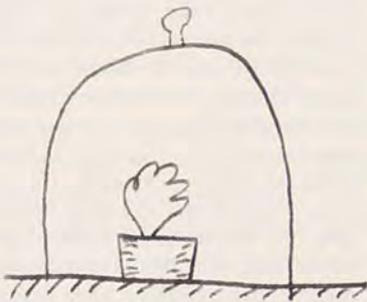


"He visto a Marylin [sic] Monroe en una foto" (pág. 19); "Se le veía por las calles del centro" (pág. 32); "recorrido su esquina, / lo ve sonreír" (pág. 38); "Qué poeta fuera sin haber visto su sangre" (pág. 40); "verla salida del mercurio" (pág. 64); "poetas suicidas que la ven dejar el corredor" (pág. 68); "No volveremos a verte" (pág. 69).

Los ojos: "Los ojos que deslumbraron las aguas del Amazonas [...] El agua nauseabunda que cubre los ojos abiertos del ahorcado" (pág. 13); "en los ojos mirándose y ninguna palabra" (pág. 15); "tiene ojos vigilantes [...] tiene en los ojos huecos la tibieza que fue" (pág. 17); "será el destino que me mira con sus ojos" (pág. 24); "Las imágenes azules de esos días / en los ojos que la lluvia dejó sobre el asfalto" (pág. 25); "El reflejo del agua en los ojos" (pág. 26); "nuestros ojos [...] tus ojos unge" (pág. 27); "amor que deambula sin ojos" (pág. 31); "ojos transparentes" (pág. 32); "Si lo mirara a los ojos [...] en los ojos [...] le brillan / los ojos" (pág. 38); "los ojos de la agonía" (pág. 41); "sus ojos atentos" (pág. 45); "sin ojos hundidos los dos" (pág. 46); "En los ojos que te miran" (pág. 49); "gigantes ojos" (pág. 62); "los ojos del enviado" (pág. 64); "el contenido ha sido consumado / por los ojos" (pág. 67).



Fotos y retratos: "He arrebatado de la foto su belleza [...] Yo si la busco en esta foto, no está [...] la foto ha olvidado, no la recuerda. / Mejor ir hasta su fuente en esa calle, / ver deshacer junto al agua ese retrato" (pág. 14); "celofán de la foto [...] esta foto que destella en el rincón [...] amada en todos los bares, fotos consumidas [...] tu cuerpo que es una foto eterna" (pág. 19); "cuyas fotos dejaremos para que nunca nos olviden" (pág. 20); "fotos apagadas, cenizas vivas" (pág. 27); "mira la foto / por última vez [...] el hombre / que llevan en la foto" (pág. 38); "Futbolista sin foto de portada" (pág. 41); "para ti escribo, mira a la foto" (pág. 42); "estas fotos, los amigos [...] la descolorida foto de Natalia" (pág. 47); "los metales y su foto" (pág. 54); "sólo podrían sospecharlo los retratos" (pág. 68).

Los espejos: "mirándose con espanto en la estrella fría del espejo" (pág. 19); "en el espejo hay un rostro agrio que miramos" (pág. 35); "el hombre / del espejo que lo mira" (pág. 36).



## "La forma no es irreprochable"

### La noche anterior al olvido

Stella Ramírez

Random House Mondadori, Bogotá, 2008, 99 págs.

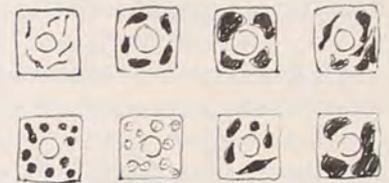
*La noche anterior al olvido*, de Stella Ramírez (Sogamoso), es un buen título para un libro de poemas que, en mi parecer, dejan en su mayoría mucho que desear. Es decir, como lector me quedé deseando que fueran mejores, me quedé pensando que estos poemas no mitigan los deseos de buena poesía que tiene cualquier lector. En lo que sigue diré porqué.

Existe una poesía que, por su sintaxis y por los elementos simbólicos que constituyen su sentido, puede denominarse hermética. El hermetismo es lo que caracteriza al lenguaje que se resiste a explicarse, a dejar explícito su mensaje, que acude a la elipsis antes que a la perífrasis, al rodeo y, menos, a la redundancia. La poesía hermética se opone, en lo que podría ser una suerte de clasificación, a la poesía de tono conversacional o en prosa. La poesía hermética y silenciosa de José Manuel Arango se opone, formalmente, a la poesía coloquial y en prosa de Mario Rivero o de Darío Jaramillo Agudelo, para mencionar autores que, en el tiempo, están muy cerca de nosotros en la poesía colombiana. En otro nivel, el tono de la poesía hermética y simbolista de Stéphane Mallarmé se opone al tono de la poesía de Charles Baudelaire, quien tiene un libro que, incluso, se llama *Pequeños poemas en prosa*: breves narraciones de la vida del París de 1850.

En estos casos anteriores, tanto en la poesía explícita como en la cerrada, hay grandes méritos litera-

rios y ambos estilos se practican a menudo, de acuerdo con el temperamento poético y estético de los autores que, vale decir, muchas veces asumen influencias de diversos maestros de la poesía, como es corriente, lícito y hasta provechoso.

No obstante lo anterior, hay una poesía que, pretendiendo ser simbolista o queriendo ser coloquial, no lo es. O lo es defectuosamente, carece de la fuerza y de la convicción que debe caracterizar la escritura de un verdadero poeta. Acarrea esa poesía, en cambio, una debilidad que se hace notoria en su flaqueza sintáctica, en la gratuidad de sus imágenes o en la vacuidad de los símbolos que pretenden elevar su lenguaje a instancias del arte. Tal es el caso, para entrar en materia, del libro *La noche anterior al olvido*. Para no hacer de esto un huero ejercicio retórico debo empezar a poner pruebas.



El primer poema del libro, sin título (muy pocos lo tienen), dice: "En el patio ya mueren los arrayanes / no serás la sombra / del charco que deja mi dolor / de esos ojos rotos / que imploran el olvido" (pág. 9). ¿Cómo se puede entender la conexión —implícita, claro— entre estos versos? ¿Un charco de dolor pueden ser las lágrimas derramadas por unos ojos rotos? Estas imágenes carecen no sólo de belleza, sino, ante todo, de misterio, aunque es evidente que quieren tenerlo.

Otros poemas quieren asumir el lenguaje llano y directo para decir la libertad o el amor, pero son ingenuos e inocentes, su escritura es pueril, como este: "No hay que dejar / que nos envuelvan las olas; / hay que saber / estar en / mar abierto" (pág. 21). La obviedad nada tiene que ver con la poesía. Otra cosa es la sencillez del lenguaje de la poesía cuando subyace en él un sentido profundo, como

cuando Emily Dickinson (Amherst, Massachusetts [Estados Unidos], 1830-1886) dice con llaneza encantadora: “Hay, entre mi país y el de los otros, / un mar. / Pero —como ministros— las flores / negocian entre nosotros”. Pero la poetisa estadounidense nos ofrece en toda su poesía, justamente, la lección del sentido a instancias de una brevedad que da grandes brazadas en la íntima convicción de sus sentimientos. Sin el prurito de una alta voz literaria.



La poetisa de aquí dice en otro poema: “Así es / mi / choza, maloca, bohío, / está sin postigos / pero a salvo de azares. / Con los ojos abiertos / atisba primero / antes de cerrar / las fallevas (sic)” (pág. 53). Es realmente difícil encontrar aquí una idea en la cual el lector afine su atención y dé sentido al poema. ¿Qué significa en el poema citado “pero a salvo de azares”? ¿Y tiene sentido, en ese contexto, atribuirle a una choza, maloca o bohío tener los ojos abiertos? ¿O no es la habitación la que los tiene? La anfibología, casi siempre, es un atributo de la poesía, pero no la confusión.

En *Belleza* dice: “Si se me asoma / un pelo blanco, / de los tantos pelos que llevo / conmigo, / entre ellos mi pubis angelical / y me preguntan / yo negaré tres veces. / A escondidas / todo lo pintaré / de negro” (pág. 49). Además de una idea o de una imagen o de una metáfora que no termina de aclararse, aquí lo que vuelve a fallar con flagrantia es la gramática: mala puntuación y turbia sintaxis.

En la contracarátula del libro Mario Rivero hace un comentario de

este poemario que —no obstante tratarse de un poeta de probada experiencia, de algunos muy buenos libros, y, seguramente, de muchas lecturas—, se percibe acomodado y hecho sin verdadera convicción. Fruto de ello, creo, está plagado de lugares comunes, además de una también dudosa sintaxis: “Stella Ramírez anhela traducirse a sí misma por medio del proceso de la escritura. Una mujer que se escucha en el espontáneo ejercicio de un yo que detiene la mirada sobre sí, desde una expectativa vivida o desde su propia interioridad. [...] Y también sabemos que hay seres, que aún desde una atmósfera de vida satisfactoriamente lograda, necesitan plantearse otros retos más audaces [...]. De ahí que Stella quiera que su alma exista sobre el papel. Que haya en ella, como una necesidad de ver y oír las palabras. [...] Stella no nos aflige pues con pseudo-erudición, ni con frondosidad. En su libro en verdad, la letra, o sea la forma no es irreprochable. No emerge entonces la flor equilibrada y estricta. Pero existe desde luego una sensibilidad, y la poesía como una pequeña semilla viva”.

Rivero admite al final de su comentario que la forma, “la letra”, no es irreprochable (es decir, es reprochable), pero que importa ante todo la sensibilidad, la “pequeña semilla viva”. Yo creo que no. Que la falta de claridad es la misma falta de lenguaje. Y si no hay lenguaje, ¡adiós a la poesía! Porque la poesía es el triunfo de un lenguaje, que es, al tiempo, una manera de sentir el mundo. Si aquel es nebuloso o, peor, turbio, no hay belleza. Ésta no tiene que ser el reflejo de una armonía exterior: es, aunque el poema designe zonas oscuras de la vida, una verdad transparente, y, por tanto, estética.

El autor de *Poemas urbanos* es bastante complaciente con esta poesía y nos da razones subjetivas que nada tienen que ver con el rasero que mide la calidad de una escritura. ¿Qué importancia tiene para el lector saber que la autora elige la poesía como un acto liberador a pesar de tener su vida lograda? Los libros tienen que andar solos, sin ese tipo de

ayudas que quieren convencer al lector de cosas que no están en las páginas. En este libro esas páginas reflejan pobreza y muy poco arte.

Algún poema, hay que admitirlo, quiere asomarse a algo mejor: “Ya tengo casa, / Sacaré el vestido especial del clóset / compraré vino, pan; / haré sopa verde / de las hierbas del huerto. / Ya no te veré más / en la intemperie / ni seré inquilina / de nadie. / Ya tengo casa / algún día / se convertirá en nubes” (pág. 91).

Escribir una reseña negativa es una ingrata tarea que deja exhausto al comentador de libros, pero uno espera que un texto así no transpire maledicencia ni la gratuita intención de comentar mal lo que, simplemente, no es del gusto de quien escribe la reseña. Uno espera, por tanto, que los elementos de objetividad (en una actividad que tiene, de suyo, un alto grado de subjetividad) puestos sobre la mesa contribuyan y no destruyan.

LUIS GERMÁN SIERRA J.



## Libros aparentes

### De una a otra montaña

Horacio Benavides

Universidad Nacional de Colombia,  
Colección de poesía, Obra reunida,  
Bogotá, 2008, 362 págs.

*De una a otra montaña* parecería ser un grito, o una canción, o un viaje. Nada de eso. La edición anuncia lo que no tiene. Al preguntarle al editor de una notable revista de poesía por qué desperdicia sus páginas en textos insulsos, intrascendentes e inútiles, respondió que lo que ocurre es que ya no hay poetas, que la poesía se acabó desde hace mucho tiempo. Que la revista existe porque a pesar de todo mantiene su firme creencia en la resurrección de la poesía. Siendo él mismo gran poeta, se entiende su optimista terquedad. Lo cierto es que la poesía ha sido siempre muy escasa, que un sólo poeta